

LAS VOCES DE LA COSECHA: LA POESÍA ESPAÑOLA EN EL 2003

Luis García Jambrina
Universidad de Salamanca

No es tarea fácil trazar un panorama crítico de la poesía española en el 2003. Nos falta, según se dice, perspectiva y nos sobran, desde luego, libros, muchos libros. Pues la primera constatación que conviene realizar es que se publican demasiados títulos de poesía en España (2.201, según las últimas estadísticas, incluidas las reimpresiones y la poesía hispanoamericana, esto es, 190 más que en el 2002), y que buena parte de estas ediciones vienen motivadas, además, por alguno de los muchos premios de poesía existentes hoy día en nuestro país. Voy a tratar, no obstante, de detenerme en aquellos textos que considero más valiosos y significativos, por una u otra razón, intentando, claro está, que, en su conjunto, la muestra sea representativa de lo acontecido en este terreno a lo largo de ese año. Salvo las inevitables excepciones, me limitaré, como es lógico, a los poetas actualmente en activo. Por último, como viene siendo norma habitual, y con el único propósito de ordenar un poco el caos, agruparé a los poetas en apartados generacionales, sin que esto signifique ningún intento de categorización o jerarquización por mi parte. He aquí, pues, las voces de la última cosecha.

LOS POETAS MAYORES.

Leopoldo de Luis. *Obra poética (1946-2003)*. Tomos I y II. Madrid: Visor.

Lo más relevante, dentro de este apartado, es la publicación de la *Obra poética (1946-2003)* de Leopoldo de Luis. Nacido en Córdoba en 1918, es una de las figuras clave de la poesía de posguerra, y no sólo por su condición de

poeta, sino también por su intensa labor como crítico, estudioso y antólogo de la poesía española durante los años oscuros del franquismo. Perteneciente a la primera promoción de posguerra, su trayectoria poética representa, de manera paradigmática, la evolución de la poesía española desde la corriente existencial hasta la poesía social y su gradual superación, pero también es el testimonio de una vida humana, un ciclo vital que se abre con la afirmación esperanzada de su primer libro, *Alba del hijo* (1946), y se cierra, de momento, con el estremecedor *Cuaderno de San Bernardo* (2003), protagonizado por la muerte y la desolación.

Esta esperada recopilación de su *obra poética* recoge más de treinta títulos, entre libros y *plaquettes*, publicados a lo largo de casi sesenta años, más unos pocos poemas sueltos. Según señala Ricardo Senabre en el prólogo, estamos ante un “fecundo itinerario”, ante una trayectoria coherente y ejemplar en la que, más allá de sus constantes temáticas y formales, cabe distinguir varias etapas. La primera, desde el primer libro hasta *El extraño* (1955), viene definida por el intimismo y la preocupación existencial. En la segunda, que se inicia con *Teatro real* (1957) y culmina con *Igual que guantes grises* (1979, Premio Nacional de Literatura), se produce la “decidida inmersión en los problemas sociales” y una progresiva preocupación por la palabra. La tercera comienza con *Entre cañones me miro* (1981) y se prolonga hasta *Generación del 98* (2000), y en ella encontramos una mayor complejidad y variedad, si bien es cierto que hay dos motivos centrales: el paso del tiempo y la recuperación de la memoria personal y colectiva. Y, por fin, habría que hablar de los cuatro últimos libros, en los que el yo lírico reflexiona sobre la “inexorable finitud del ser” y la inminencia de la muerte. He aquí, pues, la recuperación de un poeta fundamental, uno de los que más han hecho por mantener viva una parte de la poesía española en tiempos de silencio y de miseria.

Otro libro que también conviene destacar, en este apartado, es *Música de Lobo. Antología poética (1941-2001)*, del gran poeta postista Carlos Edmundo de Ory (edición de Jaume Pont, Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg).

LOS POETAS DE LOS CINCUENTA Y ALREDEDORES.

Antonio Gamoneda. *Arden las pérdidas*. Barcelona: Tusquets.

Sin duda, uno de los libros fundamentales del año fue *Arden las pérdidas*, de Antonio Gamoneda (1931), con el que ha obtenido el Premio de la Crítica de Castilla y León. Si exceptuamos el *Libro de los venenos* (1995), obra inclasificable y de autoría múltiple, y las dos series de poemas publicadas “en diálogo” con los pintores Juan Barjola y Antoni Tàpies, que, en su mayor parte,

aparecen recogidas en la antología *Sólo luz* (edición del autor, 2000) bajo los títulos de *Mortal 1936* (1994) y *Frío de límites* (1998), podemos decir que *Arden las pérdidas* es el poemario que cronológicamente sucede a *Libro del frío*, publicado en 1992 y reeditado en el 2003, en versión aumentada, con el añadido de *Frío de límites* (Madrid, Siruela, si bien existe una edición anterior en Alzira, Valencia: Germania, 2000). De hecho, cabe afirmar que el último libro de Antonio Gamoneda es, en buena medida, una continuación y un complemento de *Libro del frío*, y que ambos constituyen un nuevo ciclo en su trayectoria, el ciclo que podríamos llamar de la “vejez” o de las “postrimerías”.

Si la poesía, tal y como la concibe Gamoneda, es “el relato de cómo se avanza hacia la muerte”, *Arden las pérdidas* nos sitúa, de entrada, ante la inminencia de la misma, justo en los límites, en la estación terminal. Por eso, vemos cómo el yo lírico “se ha sentado a contemplar la muerte” y a hacer memoria de lo perdido y olvidado pero que todavía arde y se resiste a desaparecer (de ahí el título, tomado de uno de los versos del libro). Porque “la memoria –ha declarado el poeta– es siempre *conciencia de pérdida* (recuerdo lo que ya no tengo o lo que ya no es); conciencia, por tanto, de consunción del tiempo correspondiente a mi vida y, por esto mismo, *conciencia de ir hacia la muerte*”. Al igual que *Libro del frío* o *Descripción de la mentira*, es éste un libro unitario, un libro-poema dividido en secciones (cuatro en este caso: “Viene el olvido”, “Ira”, “Más allá de la sombra” y “Claridad sin descanso”) y compuesto por bloques y fragmentos ensamblados y articulados por los silencios que hay entre ellos. Se trata de una especie de corriente discontinua, y, en su recorrido, asistimos a un proceso que va “de lo visible a lo invisible”, de la oscuridad a la luz.

En la primera parte, el yo lírico atraviesa el olvido para buscar, en “los desvanes de la infancia”, su temprana orfandad, para buscar las manos de su madre en “los armarios llenos de sombra”. Después, vienen visiones de la guerra, de la tragedia colectiva y personal: “Vi / cuerpos al borde de / las acequias frías”; “Hubo extracción de hombres”. En la tercera sección, el poeta descubre que hay luz “dentro de la sombra” y que, detrás de la oscuridad, están los rostros que le han abandonado, los “rostros invisibles”. Hasta que, por fin, llegamos a vislumbrar el otro lado de lo real, ése que sólo es plenamente accesible desde la muerte. Aquí las interrogaciones nombran lo invisible, y la claridad, que es iluminación, lo hace sensible: “Lo invisible está dentro de la luz”. Por otra parte, desaparecen los límites entre la vida y la muerte, lo visible y lo invisible, la realidad y el símbolo. De hecho, son una y la misma cosa: luz definitiva, claridad sin descanso, sólo luz. Al final, el poeta constata que “la única sabiduría es el olvido”. Desde el punto de vista formal, es ésta una poesía desnuda y radical en la que el autor va enhebrando visiones y construyendo un mundo con unos pocos símbolos: el cuerpo y su fisiología, algunos animales, lo telúrico, los enseres de uso cotidiano y los seres más elementales. Pero en ella el primer

impulso es musical. De ahí la importancia del ritmo, basado en la reiteración de términos, fórmulas y estructuras (el ejemplo más llamativo es la repetición anafórica de “Vi” a lo largo de todo el libro), y su evidente tono de salmodia, muy próximo, como alguien ha dicho, al canto gregoriano. He aquí, pues, en canto y símbolo, la reescritura de una vida desde la perspectiva de la muerte. Pura revelación. Por último, hay que señalar la aparición de una nueva edición, revisada por el autor, de *Descripción de la mentira* (Madrid: Abada), con un “glosario” de Julián Jiménez Heffernan.

Manuel Padorno. *Canción atlántica. Los cuatro libros de poesía (1997-2002)*. Barcelona: Tusquets.

Manuel Padorno (Santa Cruz de Tenerife, 1933-Madrid, 2002) es uno de esos poetas que no necesitan una denominación de origen generacional para ser leídos y valorados. Considerado hasta comienzos de los noventa un “poeta periférico”, su obra ha ido ocupando un lugar cada vez más central en la lírica española de los últimos años. Tal y como señala Josefina Betancor, viuda del poeta, en una nota a la edición, *Canción atlántica. Los cuatro libros de poesía (1997-2002)* incorpora, siguiendo el deseo expreso del autor, dos libros ya publicados, *Para mayor gloria* (Valencia: Pre-Textos, 1997) y *Hacia otra realidad* (Barcelona: Tusquets, 2000), más otros dos inéditos hasta ahora: *El otro lado* y *Fantasia del retorno*. Aunque, en un principio, fueron concebidos como volúmenes independientes, el propio Manuel Padorno, en un documento fechado poco antes de morir, los considera, en realidad, un libro único y unitario. También los define como “arquitectónicamente palladianos”, en clara alusión al célebre arquitecto italiano Andrea Palladio (1508-1580), autor de un célebre tratado titulado *Los cuatro libros de arquitectura*. De hecho, uno de los aspectos más destacados de *Canción atlántica* es su compleja estructura geométrica. Cada uno de los “libros” consta de siete apartados o estancias, formados, a su vez, por siete poemas de veintiún versos endecasílabos. Con ello, se sugiere la armonía del universo y su mecánica celeste o la idea del mundo como un gran templo de la luz. Por otra parte, esta cuidada disposición demanda una lectura no sólo temporal y secuencial, sino también espacial y, por así decirlo, simultánea.

En el conjunto de sus versos, trata el poeta de abordar la cambiante visión del mundo, en continua transformación, y desvelar la otra realidad –esto es, lo infrecuente, lo invisible, lo inexistente–, a través de la apertura y el “trasvase” de todos los sentidos, de tal modo que bien podría hablarse de una poética de la sinestesia y la con-fusión. Esto explica que su mirada contemplativa se mueva entre la fragmentación y la síntesis, la disolución y la recomposición. Y todo ello a partir de un paisaje muy concreto: la playa de Las Canteras, en Las

Palmas, o, como explica Padorno en otro lugar, “la comarca atlántica, oceánica; mi casa canaria universal”. El poeta se nos presenta, por lo demás, como una especie de demiurgo, gran arquitecto o director cósmico. Él es el encargado de poner a punto la mañana, armonizarlo todo y realizar “los trabajos de la luz”. Y el resultado es una escritura tensa y vibrante, densa y transparente, elemental y proteica, cuyo principal referente estético es el último Juan Ramón Jiménez. *Canción atlántica* entronca, además, con toda la producción poética y pictórica del autor y culmina su trayectoria de una manera ejemplar. He aquí, pues, uno de los libros más coherentes, ambiciosos y originales de la última década. Un verdadero acontecimiento.

Agustín García Calvo. *Uno o dos en 23 sitios y más*. Zamora: Lucina.

Este nuevo libro de Agustín García Calvo (Zamora, 1926) consta de dos partes, separadas por una especie de interludio. La primera –titulada “Uno o dos en 23 sitios”– consta, en efecto, de veintitrés poemas donde el hablante lírico nos muestra, desde la inmediatez, lo sucedido o sentido en otros tantos lugares, si bien genéricamente algunos se repiten. Definidos por el propio autor como “una serie de soliloquios, dramas o juegos de uno consigo mismo en múltiples escenas de la tierra”, en ellos hay varios rasgos destacados que se repiten: la superposición de dos tiempos distintos en un mismo lugar, el encuentro del yo lírico con otros yoes del pasado y el tono elegíaco ante la posible inminencia de la muerte (de hecho, ésta se vislumbra o presiente en varios poemas). El interludio está compuesto por un poema dialogado, “Soliloquio con coro”, muy próximo en tono y tema a los anteriores, y la traducción de un poema de la novelista irlandesa Iris Murdoch que ella misma le había enviado a García Calvo en una carta.

Por último, la segunda parte lleva el título de “Suplemento de lírica ferroviaria”, y viene a acrecentar, con otros veintitrés, el conjunto de poemas recogidos en el libro *Del tren (83 notas o canciones)* (Zamora: Lucina, 1981), que, a su vez, era una reedición, muy ampliada, de la que publicó en La Gaya Ciencia (Barcelona, 1976). Esta continuidad a lo largo del tiempo nos habla de la fidelidad, poética y moral, del autor a un medio de transporte que es también una forma de ver y concebir la vida y una manera de estar en el mundo. En ellos, el yo lírico dialoga con el tren o con algún elemento del paisaje que le sale al paso, al hilo de un viaje. Estamos, pues, ante una emocionada poesía de senectud que toca y estremece, como pocas, el corazón de los lectores. Poesía de la memoria y poesía memorable, esto es, de todos y de nadie.

Rafael Guillén. *Estado de palabra. Antología poética (1956-2002)*. Edición de Francisco J. Peñas-Bermejo. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

La trayectoria poética de Rafael Guillén (Granada, 1933) es una de las más singulares, complejas y atractivas de la poesía española contemporánea. El título, *Estado de palabra*, está tomado de un poema de su libro *Límites* (1971), y con él se alude, según Francisco J. Peñas-Bermejo, a esa “disposición o ánimo que debe sobrevenir al poeta en circunstancias especiales para enfrentarse al proceso totalizador que es la creación poética”. La antología está organizada en cuatro grandes secciones, en función de los cuatro conceptos o pilares fundamentales sobre los que se sustenta esta obra, y que son: el asedio a los límites, el tiempo, el amor y la configuración de lo perdido. Dentro de cada sección, eso sí, los poemas van dispuestos en orden cronológico de publicación, y en tres de ellas se incluye, además, algún que otro inédito del libro *Por el ancho y pequeño mundo (Prosas viajeras)*, del que apareció un breve anticipo en la colección “Poesía circulante” (Málaga: Rafael Inglada, 2001).

En la primera parte, titulada “De límites y transparencias”, se nos habla de la búsqueda más allá de los límites. “Crear, en arte –explica el autor–, es forzar los límites de lo perceptible”, vencer las restricciones de lo real. Y, para ello, el poeta se sirve de un principio esencial: la transparencia, que, según Peñas-Bermejo, podríamos considerar como “el orden último de toda cosa trascendida, ajena al espacio y al tiempo”. En “Los alrededores del tiempo”, por otro lado, vemos cómo pasado, presente y futuro pierden su consistencia convencional y coexisten conjuntamente, como una unidad. El presente, entonces, puede modificar no sólo el futuro, sino también el pasado. “¿A dónde irá este amor, ya sin nosotros?” es el título de la tercera parte, y en ella se constata que, “frente a la devastación física, se alza la actualidad del sentimiento amoroso”. Por último, en “La configuración de lo perdido”, comprobamos cómo las elecciones que hacemos en la vida y el paso del tiempo suponen pérdida. No obstante, Guillén cree que lo perdido permanece, de alguna forma, integrado en nosotros, y su recuperación significaría la unidad total, sólo expresable como aniquilación mística. Peñas-Bermejo deja patente, por lo demás, la extraordinaria coherencia y continuidad de esta obra, así como las múltiples conexiones y resonancias existentes entre las cuatro secciones. Esta magnífica edición se completa con una útil “Cronología” y una completa “Bibliografía” de y sobre el poeta.

Joaquín Marco. *El muro de Berlín*. Barcelona: DVD.

Perteneciente por edad a la llamada Generación de los 50, Joaquín Marco (Barcelona, 1935) ha sido considerado un *poeta puente* entre algunos de los autores más significativos de esa importante generación, con los que comparte un cierto sentido ético y un compromiso con la realidad, y algunas zonas o

corrientes de la poesía posterior, por su decidida voluntad experimental, sobre todo a partir de *Algunos crímenes y otros poemas* (1971). Han pasado nada menos que veinte años desde la publicación de su anterior poemario, *El significado de nuestro presente* (1983), que el propio autor llegó a considerar por entonces su último libro. Escritos entre 1983 y 1992, los poemas de *El muro de Berlín* han permanecido “en un oscuro cajón del escritorio” hasta 2003. El título del libro está tomado, por lo demás, de uno de sus textos más significativos. No en vano, la caída del muro de Berlín se ha convertido en uno de los acontecimientos fundamentales de nuestro tiempo, símbolo, entre otras cosas, del derrumbe de las grandes ideologías.

Los poemas se mueven, por lo general, entre la nostalgia y la ironía. Y, en ellos, el poeta ahonda, una vez más, en “el significado de nuestro presente” y, por lo tanto, en el pasado personal y colectivo. Serena y lúcida poesía de senectud y, al mismo tiempo, emocionada canción de despedida, *El muro de Berlín* es un último inventario de lugares (“Nostalgia urbana”) y de ruinas (“La ruinas más bellas”), recuerdos y fracasos (“Balance o cierre por fin de existencia”). Por él desfilan, en íntima unión, la soledad y el amor, el olvido y la memoria, la inminencia de la muerte y la afirmación de la vida, la poesía como única salvación y como última derrota (“Cervantes reclama la poesía”).

Jesús Hilario Tundidor. *Un paso atrás. Antología (2002-1960)*. Madrid: Hiperión.

Jesús Hilario Tundidor (Zamora, 1935) es uno de los poetas más destacados y singulares de eso que algunos hemos llamado la Promoción poética de los 60 o segunda oleada de la generación de los 50, esto es, la de aquellos autores nacidos entre 1924 y 1938, pero que no comienzan a publicar sus primeros libros hasta la década de los 60. La peculiaridad de esta antología, con prólogo de Gabriele Morelli, es que los textos seleccionados por el propio autor se presentan en orden cronológico inverso al de su fecha de publicación, es decir, de manera retrospectiva, desde el inmediato presente hasta el comienzo de su trayectoria, que es la perspectiva más lógica y natural para un poeta que aún sigue en activo, y la que mejor pone de relieve, además, la coherencia y la evolución de su trayectoria literaria. De ahí que *Un paso atrás* aparezca encabezado por dos de los “últimos poemas escritos”, fechados en 2002, y se cierre con varios textos de su primer libro, que Tundidor “no había querido, hasta hoy, dar a conocer en exposición responsable y redacción definitiva”.

El propio autor distingue, por otra parte, dos grandes “épocas” en este recorrido. En la primera, se incluyen los libros *Río oscuro* (1960), *Junto a mi silencio* (1963, Premio Adonais), *Las hoces y los días* (1966), *En voz baja* (1969) y *Pasiono* (1972). Son obras que discurren entre lo existencial y lo tes-

timonial, la exaltación de la vida y el canto de lo cotidiano, y que están marcadas, desde el punto de vista formal, por la riqueza y heterogeneidad de su léxico y por una sintaxis amplia y compleja, llena de meandros y encabalgamientos. Con su siguiente obra, *Tetraedro* (1978), da comienzo la “época segunda”. Estamos ante uno de los libros más logrados y ambiciosos del autor, lo que explica que Tundidor haya elegido uno de sus textos, “Después que cae la sombra”, como *poema unificador* de toda esta antología. Luego vienen *Libro de amor para Salónica* (1980), *Repaso de un tiempo inmóvil* (1982), *Mausoleo* (1988), *Construcción de la rosa* (1990), *Tejedora de azar* (1995) y *Las llaves del reino* (2000). En ellos, su poesía adquiere un tono más meditativo e intelectualizado, a causa del creciente substrato filosófico que sustenta su obra y de su decidida vocación gnoseológica. También hay que destacar el dominio rítmico, su voluntad constructiva y su carácter unitario.

Ángel García López. *Son(i)etos a Pablo*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén.

Ángel García López (Rota, Cádiz, 1935) es otro poeta significativo de la llamada Promoción de los 60, y, desde luego, es uno de los más prolíficos, si tenemos en cuenta que su obra poética consta ya de treinta y tres títulos, incluidas las antologías y recopilaciones. *Son(i)etos a Pablo* podría parecer, en principio, un divertimento lúdico (el título, al parecer, es un “regalo” de José Hierro, que firma también el “Prefacio”, escrito muy poco antes de morir). El libro está compuesto por cincuenta y cinco sonetos dedicados por el autor a su nieto Pablo, protagonista casi único de los mismos, y abarca un ciclo vital que va desde unos meses antes de nacer, cuando el niño aún no tenía nombre ni sexo conocido, hasta los “casi dos años de su edad”, pasando por el parto y otras vicisitudes propias de esa etapa. No obstante, conviene señalar que aquí no estamos en absoluto ante un libro menor, sino ante una obra verdaderamente representativa de la trayectoria del autor. No en vano, en ella destacan dos características básicas de este autor, dos constantes que, de una manera u otra y con sus diferentes modulaciones, se han mantenido a lo largo de su dilatado itinerario poético: el virtuosismo rítmico y formal y la exaltación de la infancia y la cotidianidad.

Luis Izquierdo. *No hay que volver*. Barcelona: Lumen.

Luis Izquierdo (Barcelona, 1936) es autor de una obra poética rigurosa y exigente, marcada por la coherencia y la fidelidad a unos planteamientos estéticos y éticos presentes ya en su primer libro, *Supervivencias* (1970), y matizados, depurados y desarrollados en los siguientes, *El ausente* (1979), *Calendario del nómada* (1983), *Señales de nieve* (1995) y *Sesión continua*

(1998). *No hay que volver* significa, en este sentido, la culminación de su trayectoria y tal vez el anuncio de un hipotético punto final. Los poemas aparecen agrupados en cuatro partes o secciones, que giran en torno a unos pocos temas y motivos característicos del autor. Su lenguaje, por lo demás, se caracteriza, sobre todo, por una extraordinaria densidad semántica. *No hay que volver* se mueve, en fin, entre el escepticismo y la reflexión crítica, la melancolía y la ironía, el testimonio estético y la salvación personal.

Poetas andaluces de los años cincuenta. Estudio y antología. Edición de M.^a del Carmen García Tejera y José A. Hernández Guerrero. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

Se trata de una amplia muestra de poetas andaluces nacidos entre 1921 y 1933, salvo dos incomprensibles excepciones: Elena Martín Vivaldi (1907-1998) y Concha Lagos (1913). Ahora bien, el criterio que, al parecer, ha imperado, según los propios antólogos, no es el generacional, sino el de la fecha de publicación de los primeros libros, que habría tenido lugar en los años cincuenta, considerados como una especie de década prodigiosa para la poesía andaluza. Sin embargo, aquí encontramos de nuevo varias excepciones, ya que seis de ellos lo hicieron en los cuarenta: Manuel Álvarez Ortega, Alfonso Canales, Julio Alfredo Egea, José Carlos Gallardo, Francisco Garfias y, otra vez, Martín Vivaldi. En cambio, no aparece, por ejemplo, Rafael Soto Vergés (1936), que en 1959 obtuvo el Premio Adonais con *La agorera*. Por otra parte, encontramos a algunos autores que publicaron su primer libro ya en los sesenta, si bien es cierto que sus inicios poéticos se sitúan antes. Pero, por la misma razón, los antólogos tendrían que haber incluido a poetas tan interesantes como Ángel García López (1935) o Manuel Ríos Ruiz (1934), entre otros.

De entrada, pues, es muy loable la pretensión de “ampliar la nómina de los poetas del cincuenta –tan cicateramente restringida por muchos–”. Lo lamentable es que, en este caso, se haya realizado sin criterio ni distinción. Pero, como ya se ha dicho tantas veces, lo importante en una antología de este tipo es la obra, esto es, la posibilidad que se nos brinda de acercarnos a la poesía de autores muy poco conocidos o valorados hasta la fecha. En total, son veintiocho poetas, algunos de ellos muy reconocidos y consagrados, como es el caso de José Manuel Caballero Bonald o Fernando Quiñones, y otros injustamente relegados, como José Luis Tejada o Manuel Alcántara. Y junto ellos, además de los arriba citados, están María Victoria Atencia, Aquilino Duque, María de los Reyes Fuentes, Antonio Gala, Rafael Guillén, Luis Jiménez Martos, José Gerardo Manrique de Lara, Manuel Mantero, Julio Mariscal, Antonio Murciano, Carlos Murciano, Vicente Núñez, Pilar Paz, José María Requena, Mariano Roldán, Diego Sánchez del Real y Julia Uceda (1925), que en el 2003

recibió el Premio Nacional de Poesía por el libro recopilatorio *En el viento, hacia el mar (1959-2002)* (Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2002).

Aunque se trata de autores de los cincuenta ya desaparecidos, merece la pena recordar otras tres antologías publicadas en el 2003: *Los poemas son mi orgullo*, de José Agustín Goytisolo (Barcelona: Lumen), *Mío amor*, de Vicente Núñez (Sevilla: Renacimiento), y *La voz de Claudio Rodríguez*, que incluye un CD con la grabación del recital dado por Claudio Rodríguez en la Residencia (Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes).

LOS POETAS DE LOS SETENTA.

Antonio Martínez Sarrión. *Última fe. Antología poética, 1965-1999*. Edición de Ángel L. Prieto de Paula. Madrid: Cátedra.

La poesía de Antonio Martínez Sarrión (Albacete, 1939) ocupa un lugar destacado y singular dentro de la llamada Generación del 68 o poetas de los setenta, y, al mismo tiempo, su trayectoria puede considerarse paradigmática en cuanto a la evolución de este grupo generacional. En esta antología, preparada por Ángel L. Prieto de Paula, se recoge una amplia muestra de la obra poética del autor, con un interesante “Apéndice de variantes”. Su título, *Última fe*, alude al valor y significado de la poesía en un momento –personal e histórico– en el que las ideas, las ilusiones y los proyectos del pasado ya han fracasado o caducado.

Dos son las etapas fundamentales en su poesía. En la primera, la más generacional, se incluyen *Teatro de operaciones* (1967), centrado en la memoria de la infancia y caracterizado, formalmente, por la ausencia de mayúsculas, de puntuación y de nexos conjuntivos; *Pautas para conjurados* (1970), que “representa la propuesta de acción en que se formalizaron las ansias del 68”; y el ciclo formado por *Ocho elegías con pie en versos antiguos* (1972), *Una tromba mortal para los balleneros* (1975) y *Canción triste para una parva de heterodoxos* (1976), en los que hace una precisa radiografía del desencanto histórico posterior al 68, al tiempo que se acentúa el irracionalismo y la utilización de elementos tomados de la cultura popular contemporánea. Todos ellos fueron recopilados en 1981, junto a un libro inédito, *El centro inaccesible*, obra de transición en la que podemos situar el punto de inflexión “hacia lo íntimo” –el amor, el paso del tiempo, la muerte– y hacia una mayor “decibilidad”. La segunda etapa está formada por *Horizonte desde la rada* (1983) y *De acedia* (1986), que Prieto de Paula considera “dos caras de una moneda”; *Ejercicio sobre Rilke* (1988), que es una especie de síntesis de los dos anteriores; *Cantil* (1995), un largo y ambicioso poema único, tal vez el más oscuro y barroco del

autor; y *Cordura* (1999), que se caracteriza por un decir más llano, medido y elegante, y cuyo motivo principal es la aceptación del envejecimiento y de la muerte con serenidad estoica.

Jesús Munárriz. *Flores del tiempo*. Sevilla: Point de Lunettes.

En *Flores del tiempo*, nos encontramos con algunas de las principales constantes de la poesía del poeta, traductor y editor Jesús Munárriz (San Sebastián, 1940). Dividido en seis partes o secciones, los poemas se agrupan en torno a unos cuantos núcleos temáticos. En la primera, están los hermosos poemas paisajísticos, donde “todo es señal, todo es revelación”. A continuación, viene una breve galería de tipos, viñetas y retratos, algunos de ellos muy críticos. La tercera gira en torno a la nostalgia de lo perdido o no logrado, la fugacidad de la vida y la amenaza de la muerte, frente a las que se alza, en los dos últimos poemas –“Frente al vacío” y “A la manera persa”–, la alegría, la belleza y el disfrute de la vida.

En la cuarta sección, los poemas y versos son más breves y tienen como objeto a la propia poesía. Entre ellos, hay uno, titulado “Esto basta”, en el que se sintetiza toda su poética: “Ni ostentación / ni claro / ocultamiento: / emoción, / precisión, / oficio / y arte”. Rechazo, pues, del esteticismo y el hermetismo, en favor del corazón y la claridad, el dominio técnico y el vuelo expresivo. La parte siguiente trata de la historia, la memoria y las ruinas del tiempo, mientras que, en la última, se concentran los poemas más cívicos y morales, característicos de nuestro autor. En ellos, y en el conjunto del libro, nos ofrece una visión más bien escéptica y desengañada. La serie se cierra, no obstante, con dos poemas afirmativos y esperanzados a pesar de todo, “Malgré tout” y la conmovedora “Oración” final, que hacen juego con los que clausuraban la tercera parte. En ellos, expresa su irrenunciable fe en la vida y, en definitiva, en la palabra poética. Porque, para él, todo puede ser convertido en poesía, y la poesía lo es todo. Jesús Munárriz demuestra, una vez más, que es un poeta de muy variados tonos y registros, que, en este caso, van del lirismo contemplativo a la sátira afilada, con el humor, la emoción y la sensualidad como principales aliados.

También vieron la luz varios libros de Luis Alberto de Cuenca: *Sin miedo ni esperanza* (Madrid: Visor), las antologías *De amor y de amargura* (Sevilla: Renacimiento) y *Vamos a ser felices y otros poemas de humor y deshumor* (Lucena, Córdoba: Ayuntamiento de Lucena) y una nueva edición de *La caja de plata* (Madrid: Fondo de Cultura Económica de España), así como *Antología (1968-2003)*, de Juan Luis Panero (Sevilla: Renacimiento); *Las orillas del agua* (Palma de Mallorca: Calima) y *Amor mío, la vida*, de José

Antonio Zambrano (Cáceres: Diputación de Cáceres); y *Sol de niebla. Antología (1987-2003)* (Lucena, Córdoba: Ayuntamiento de Lucena), de Francisco Díaz de Castro (1947).

LOS POETAS DE LOS OCHENTA.

Luis García Montero. *La intimidad de la serpiente*. Barcelona: Tusquets.

Con *La intimidad de la serpiente*, Luis García Montero (Granada, 1958), obtuvo el Premio de la Crítica del año 2003. El libro se presenta como un repaso biográfico, moral y sentimental, un ejercicio de introspección en el que el yo lírico nos habla, por ejemplo, de la infancia y de los ideales juveniles, pero también de los fracasos y las claudicaciones, personales y colectivas. Asimismo, se ocupa del presente, de sus carencias y contradicciones, y de la necesidad de conciliar convicciones y renunciaciones para concebir “un destino soportable”. En él, se mezclan las canciones con los largos poemas más meditativos. El título alude a “los cambios de piel y mutaciones” que, al igual que la serpiente, tiene que experimentar el ser humano. “Cambios de piel” es, de hecho, el título de la parte más extensa del libro. Pero los dos poemas más logrados y conmovedores son “Nochevieja (1940, 1970, 2000)” y “Las confesiones de don Quijote”. Este último es un largo monólogo en el que el poeta adopta, una vez más, la máscara de un personaje del pasado para reflexionar sobre los sueños, la realidad y la rebeldía. Según el propio García Montero, en este nuevo libro ha intentado “recuperar el sentido de la palabra como diálogo para defender la conciencia del individuo en un momento en el que el liberalismo parece querer abandonar el sentido original del hombre”. Una prueba más del espíritu crítico y de la madurez poética del autor.

Antonio Jiménez Millán. *Inventario del desorden*. Madrid: Visor.

Tras ocho años de silencio, Antonio Jiménez Millán (Granada, 1954) publica *Inventario del desorden*, con el que obtuvo el XXIV Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla. Este libro supone, de alguna forma, el comienzo de una nueva etapa, el primer paso hacia una consideración más compleja y abarcadora de la memoria y la “experiencia”, puesto que en ella adquieren un mayor protagonismo los deseos y los sueños, y, por lo tanto, la primera manifestación de una mirada nueva, más radical y trascendente. El libro recoge poemas fechados entre 1994 y 2002 y aparece organizado en cinco partes o secciones. La primera, “Dominio de la herrumbre”, es un largo poema meditativo en el que confluyen, como es habitual en su poesía, la memoria personal y la memoria histórica. La segunda, “Calma aparente”, había sido publi-

cada ya, de forma exenta, en 1994, junto a una serie de fotografías de Ignacio del Río, y en ella se anticipan algunas de las claves fundamentales de esta nueva etapa. La siguiente, “El azar y el miedo”, hace alusión a esas fuerzas oscuras –“la lógica del azar, la ley del miedo”– que, “más allá del orden aparente de las cosas”, rigen nuestro destino. “Fábulas” es el título de la parte más extensa del libro. Son fábulas que dan cuenta de un *desorden* más “profundo” y “real” que el orden aparente de la realidad convencional.

La otra sentimentalidad. Estudio y antología. Edición de Francisco Díaz de Castro. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

En su documentada introducción, Francisco Díaz de Castro rastrea los orígenes y el significado de este importante grupo poético surgido en Granada a comienzos de los ochenta, que luego dio paso a la llamada poesía de la experiencia. En la antología, ofrece una muestra representativa de la poesía publicada, desde los años ochenta hasta principios de los noventa, por los poetas vinculados a *la otra sentimentalidad*, esto es, los granadinos Álvaro Salvador (1950), Javier Egea (1952-1999), Antonio Jiménez Millán (1954), Luis García Montero (1958) y Teresa Gómez (1960), las cordobesas Ángeles Mora (1952) e Inmaculada Mengibar (1962) y el madrileño Benjamín Prado (1961). Incluye un “Apéndice” con los “manifiestos” fundamentales y fundacionales de este grupo poético y “otros textos” relacionados con él, así como una amplia documentación fotográfica.

Felipe Benítez Reyes. *Trama de niebla. Poesía reunida, 1978-2002.* Barcelona: Tusquets.

En *Trama de niebla*, Felipe Benítez Reyes (Rota, Cádiz, 1960) recopila, una vez más, la mayor parte de sus poemarios anteriores: *Paraíso manuscrito* (1982), *Los vanos mundos* (1985), *Pruebas de autor* (1989), *La mala compañía* (1989), *Sombras particulares* (1992), *Vidas improbables* (1994) y *Escaparate de venenos* (2000). Asimismo, se ofrece una sección, titulada “Poemas dispersos”, en la que el autor ha reunido aquellos textos perdidos en revistas y en publicaciones diversas, junto a varios inéditos. También recoge algunos poemas pertenecientes a un libro en proceso de escritura. Sin duda, un autor imprescindible.

Otros libros destacados de poetas nacidos en los años cincuenta son: *Poemas encadenados (1977-1987)* (Barcelona: Seix Barral), volumen recopilatorio de Pedro Casariego Córdoba con prólogo de Ángel González; *Fragmentos del romano* (Salamanca: Diputación de Salamanca), que es el pri-

mer libro de Antonio Sánchez Zamarreño; *Donde nunca hubo ángeles* (Madrid: Visor), de Manuel Rico; *La amistad silenciosa de la luna* (Valencia: Pre-Textos), de José Cereijo; *La llama del brezo* (Sevilla: Algaida), de Juan Manuel González; *Nos+otros* (Madrid: Sial), de Juana Vázquez; *Llanto bailable* (La Poesía, señor hidalgo: Barcelona), de José María Parreño; *Lo de ella* (Barcelona: Icaria), de Concha García; *Todo parece indicar* (Madrid: Hiperión), libro de Jordi Virallonga galardonado con el Premio Valencia; y *Por vivir aquí. Antología de poetas catalanes en castellano (1980-2003)*, edición de Manuel Rico (Madrid: Bartleby).

LOS POETAS NACIDOS DESPUÉS DE 1960.

Miguel Ángel Velasco. *La miel salvaje*. Madrid: Visor.

Dentro de los poetas más jóvenes, el libro más destacado del año fue *La miel salvaje*, de Miguel Ángel Velasco (Mallorca, 1963), con el que el poeta obtuvo el XV Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe. Se trata de unos versos en los que conviven armónicamente la ebriedad contemplativa y la serena meditación, el desarreglo de los sentidos y la reflexión crítica y moral. El libro consta, por lo demás, de tres partes de similar extensión, dispuestas de forma simétrica. La primera, “De la vida dañada”, da cuenta de aquello que quebranta o mancilla el “milagro precario” del cuerpo, el recinto sagrado de la carne, como la violencia extremada de la guerra, la enfermedad y su tratamiento, la administración de la muerte y la conciencia del acabamiento. El último poema, “Atardecer en Jávea”, sirve de contrapunto con lo anterior y de conexión con la sección siguiente, “La mirada sin dueño”; el título procede, claro está, de un verso de Claudio Rodríguez, cuya influencia se deja sentir en diversos momentos del libro.

En esta segunda parte, la poesía se hace más contemplativa y menos sombría y elegíaca. El yo lírico contempla, por ejemplo, las volutas de humo de un cigarro, una gota de resina, un erizo..., realidades mínimas que el poeta describe con gran delicadeza y precisión. También evoca una tarde con Albert Hofmann, el azaroso descubridor del LSD, que sirvió para abrir las puertas de la percepción. O proclama la diversidad del mundo y las infinitas “correspondencias” existentes entre todas las cosas. La serie culmina con “Piña de lumbré”, dedicado a la memoria de Claudio Rodríguez, que, junto a García Calvo y Rafael Sánchez Ferlosio, es una de las presencias tutelares de este libro. En la última parte, “Acaso un mundo”, el poeta persigue las tenues huellas de un mundo ya perdido y añorado o todavía no realizado: en la concha fosilizada del ammonites, en el reencuentro con un viejo amigo, en la gota de ámbar de una sortija, en los anillos de la serpiente, en las manchas de una mariposa, en esas

“espirales” que pautan el mundo con su misteriosa geometría o en el sugerente vuelo de las garzas, con el que se cierra y a la vez se ensancha el libro. Los poemas se convierten así en memoria viva de lo palpable y de lo inaprensible. He aquí, pues, una obra que emociona y estremece, lúcida y deslumbrante, luminosa y profunda. Sin duda, una de las voces más vigorosas y originales, más allá de magisterios e influencias, de la poesía española actual.

Amalia Iglesias y Lola Velasco. *Intravenus*. Huelva: Diputación de Huelva.

La primera singularidad de este libro es que ha sido escrito, de manera conjunta, por dos de las voces más originales de la poesía española actual, Lola Velasco (Madrid, 1961) y Amalia Iglesias (Menaza, Palencia, 1962). Ambas son poetas de escritura exigente y reposada, y, en cierta medida, han seguido trayectorias paralelas. Para las dos, *Intravenus* es el cuarto libro de poesía y representa, en mi opinión, la culminación de un proceso de progresivo despojamiento y acendramiento de la voz poética. Nos encontramos ante un libro orgánico y unitario, compuesto por setenta poemas breves, sin título y, por lo general, de versos cortos. La mayor parte de ellos están formados, a su vez, por pequeños bloques separados por espacios en blanco. El motivo central es el amor como razón de ser, como carácter y destino, como algo indeleble y que abrasa despacio las entrañas (“La quemadura / camina conmigo”). Y a ello alude, sin duda, el título: dentro o en el interior de Venus, a la que se menciona de forma explícita en uno de los poemas. A lo largo del libro, se reiteran y modulan, por lo demás, una serie de aspectos y elementos relacionados, entre los que podríamos destacar el deseo como afirmación frente a –o en medio de– la muerte, su compañera inseparable, y como apertura hacia lo otro (“Los pulmones sin fondo / del deseo / me llevarán fuera de mí”) o la persistencia de la memoria y de la infancia. Y, en este sentido, cabe concluir que no se trata de un libro aislado, ajeno o lateral a sus respectivas trayectorias, ni mucho menos de una obra circunstancial, sino de una ampliación de sus correspondientes universos y un decisivo eslabón en el camino hacia la extrema desnudez y esencialización poética.

La aparición de *Intravenus* ha coincidido con la publicación de un volumen, titulado *Antes de nada, después de todo* (Bilbao: Universidad del País Vasco), en el que se recogen los tres libros anteriores de Amalia Iglesias, junto a la *plquette* *Mar en sombra* (1989). También Lola Velasco publicó, por su parte, *El movimiento de las flores* (Madrid: Huerga & Fierro).

Ada Salas. *Lugar de la derrota*. Madrid: Hiperión.

Este es el cuarto libro de poesía de Ada Salas (Cáceres, 1965), una de las voces más sugerentes y singulares de la última década. Es la suya una poesía

esencialista en la que puede decirse que menos es más. Brevedad e intensidad, contemplación y emoción son, por otra parte, sus características más visibles. Como su libro anterior, *Lugar de la derrota* está compuesto por una serie de poemas breves y sin título: son los fragmentos de un discurso amoroso. En la mayor parte, además, el último verso aparece separado del resto por un amplio espacio en blanco, como un vacío o un hueco o un agujero de silencio. Sus temas, por lo demás, son el paso del tiempo (“Porque todo caduca”), la conciencia de la pérdida y de la muerte (“y todo ya no sea más que pérdida”), la experiencia del dolor (“que dolor vale tanto como vida”), las paradojas del miedo y la esperanza (“Ahora sé que sólo / una forma del miedo / es la esperanza”) o la propia poesía y sus límites.

Guadalupe Grande. *La llave de niebla*. Madrid: Calambur.

La llave de niebla, de Guadalupe Grande (Madrid, 1965), es un libro unitario y, al mismo tiempo, poliédrico en torno al laberinto de la ciudad, en torno al hombre visto como un náufrago urbano, rodeado de despojos y de un mar de soledad. Una obra, por tanto, sobre la condición humana en el mundo actual; de ahí que su mirada sea profundamente existencial. El libro consta de una serie de “postales” –urbanas y melancólicas– de diferentes lugares y perspectivas (“Vista aérea”, “Vista desde un balcón de la ciudad nueva”), en alternancia con poemas generalmente más largos y meditativos, algunos de ellos en prosa. En él, se mezclan o se yuxtaponen, además, la realidad de la vida y el misterio del sueño, lo figurativo y lo simbólico, lo irracional y lo reflexivo, la ciudad del pasado y la del presente. Y todo ello a través de un lenguaje eminentemente plástico y pictórico, y, a la vez, muy sugerente y preciso. Pero lo más importante, en mi opinión, es la tremenda fuerza del ritmo, que aparece configurado, sobre todo, por una tupida red de reiteraciones sintácticas, léxicas y semánticas.

Ana Merino. *Juegos de niños*. Madrid: Visor.

“En la infancia vivimos, y luego sobrevivimos”, afirma Leopoldo María Panero en la película *El desencanto*. Y éste podría ser el lema del nuevo libro de Ana Merino (Madrid, 1971). No en vano uno de los dedicatarios de *Juegos de niños* es el mismísimo Peter Pan, del que el yo lírico se despide en uno de los poemas más significativos y hermosos del libro, “Adiós a la niñez”, con el que se cierra la primera parte. De ahí, pues, el tono elegíaco de muchos de los versos o la invocación de figuras como Huckleberry Finn o los Reyes Magos. Con una mirada sabiamente ingenua y una palabra en la que confluyen el realismo y la irracionalidad, Ana Merino evoca no sólo los mitos, emblemas y recuerdos de la infancia, sino también las angustias y los miedos infantiles, la

frustración y el pesar por los sueños no cumplidos o definitivamente quebrados, la progresiva aparición de la conciencia de la pérdida y la repentina amenaza de la muerte. De hecho, las dos partes en que se divide esta obra, tituladas “Nanas y sueños” y “Sirenas y brujas”, marcan el tránsito entre la niñez y la precaria vida posterior, la ida y la vuelta de un viaje al País de Nunca Jamás. Y, en este sentido, cabe pensar que los poemas son una especie de conjuro, esto es, “fórmulas mágicas para sobrevivir lo cotidiano” después del final de la infancia.

Andrés Neuman. *La canción del antilope*. Valencia: Pre-Textos.

Nacido en Buenos Aires (Argentina) en 1977, pero afincado desde hace tiempo en Granada, Andrés Neuman es una de las voces más interesantes de la joven poesía española, además de un excelente narrador y traductor. *La canción del antilope* es un libro unitario. Aparece organizado en un poema-prólogo, “La máscara”, dieciocho fragmentos, bajo el título conjunto de “El antilope”, que constituyen el cuerpo de la obra, y un poema-epílogo, “La canción”. En el primero, el yo lírico asume una nueva identidad (“Así nació mi máscara”) y, con ella, una mirada nueva. En la parte central, asistimos a un viaje iniciático hacia lo interior y a una dolorosa transformación. El yo lírico se desdobra aquí en el sujeto que habla (el “rostro”) y en el antilope al que se dirige y con el que se identifica (la “máscara”). El antilope se presenta como un animal paradójico, y, por lo tanto, como un símbolo de la vida amenazada y perseguida que se resiste a desaparecer, y también del poeta y del artista y del hombre actual. En el epílogo, de carácter metapoético, el yo lírico hace explícitas sus intenciones y se despide de la canción. El pasado año, también publicó *Gotas negras*, subtítulo *50 haikus urbanos* (Córdoba: Plurabelle), donde pone de manifiesto su voluntad de experimentar con otras tradiciones y adentrarse en nuevos territorios estéticos.

Asimismo, habría que citar los libros de Eduardo García, *Horizonte o frontera* (Madrid: Hiperión), VII Premio de Poesía Antonio Machado en Baeza; Eduardo Moga, *Las horas y los labios* (Barcelona: DVD); Aurora Luque, *Camaradas de Ícaro* (Madrid: Visor); Juan Manuel Rodríguez Tobal, *Grillos* (Madrid: Rialp), Premio San Juan de la Cruz; Juan Antonio González Fuentes, *La luz todavía* (Barcelona: DVD); Ignacio Elguero, *El dormitorio ajeno (38 poemas de amor)* (Madrid: Hiperión); Javier Cánaves, *Al fin has conseguido que odie el blues* (Madrid: Hiperión), Premio Hiperión; Antonio Portela, *¿Estás seguro de que no nos siguen?* (Barcelona: DVD), Premio Andalucía Joven; y la antología de Carlos Marzal, *Sin porqué ni adónde* (Sevilla: Renacimiento), edición de F. Díaz de Castro.

LAS ANTOLOGÍAS DE POESÍA ESPAÑOLA JOVEN.

La lógica de Orfeo (Antología). Edición de Luis Antonio de Villena. Madrid: Visor.

Este año ha sido pródigo en antologías de poesía española joven. La primera en manifestarse fue *La lógica de Orfeo*. En ella, Luis Antonio de Villena nos ofrece una selección de dieciocho poetas nacidos entre 1965 y 1985, representativos de lo que él llama un “camino de renovación y encuentro en la última poesía española”. Se trata, por lo tanto, de una antología parcial y una antología de tesis, quiero decir que no pretende mostrarnos un amplio panorama, sino destacar e ilustrar uno de los rasgos más característicos del mismo. En su pedagógica introducción, nos recuerda Villena cómo, en las dos últimas décadas, la poesía española ha estado dominada por dos tendencias muy distintas y hasta contrapuestas: la *poesía del realismo meditativo* –donde se incluye la mal llamada “poesía de la experiencia”– y la *poesía del irracionalismo cognoscitivo*. Se trata, por lo demás, de dos maneras o *voces* esenciales de la Poesía en general, desde muy antiguo, que sólo en ciertos momentos y en algunos grandes autores han logrado ir juntas: la *voz lógica*, que “busca la múltiple constatación de *lo real*”, y la *voz órfica*, que prefiere “el camino de lo oscuro o de lo supuestamente *inefable*”.

Según constata Villena en su sugerente interpretación, después de la Guerra Civil, la poesía española ha separado más que nunca esas dos voces hasta volverlas casi irreconciliables. Algunos jóvenes poetas, sin embargo, han querido reaccionar contra esto y han buscado, por diferentes vías, el encuentro entre realismo e irracionalismo, entre la *voz lógica* y la *voz órfica* (de ahí el sincretismo del título). Y en ese camino están, de una forma u otra y por orden de aparición, Álvaro García (1965), Lorenzo Plana (1965), Eduardo García (1965), Luis Muñoz (1966), José Luis Piquero (1967), Pelayo Fueyo (1967), Lorenzo Oliván (1968), Javier Rodríguez Marcos (1970), Alberto Tesán (1971), Ana Merino (1971), Abraham Gragera (1973), Antonio Lucas (1975), Carlos Pardo (1975), Josep M. Rodríguez (1976), Juan Antonio Bernier (1976), Andrés Neuman (1977), Fruela Fernández (1982) y Elena Medel (1985). Ya en 1997, en su antología *10 menos 30* (Valencia: Pre-Textos), había señalado Villena una “ruptura interior en la poesía de la experiencia”, como un primer síntoma de ese cambio que, según él, ahora se ha hecho más firme y evidente.

La otra joven poesía española. Edición de Alejandro Krawietz y Francisco León. Montablanco, Tarragona: Igitur.

Ya desde el título, esta antología deja bien clara su intención de refutar, una vez más, la llamada poesía realista o de la experiencia y, lo que es más importante, su deseo de rehabilitar una tradición históricamente velada o marginada entre nosotros. Según señalan los propios antólogos, los autores aquí incluidos se consideran “herederos” de los lenguajes de las vanguardias y de la modernidad, así como “partícipes de un diálogo fértil con ciertas voces poéticas más o menos excéntricas posteriores a la Guerra Civil”, un puñado de “excepciones” entre las que cabe citar a Carlos Edmundo de Ory, Juan Eduardo Cirlot, Francisco Pino, Ángel Crespo, Claudio Rodríguez o Valente, y, más tarde, Aníbal Núñez, Jenaro Talens, Juan Antonio Masoliver, Juan Malpartida, Esperanza Ortega o Andrés Sánchez Robayna, maestro directo de algunos de ellos. En concreto, se trata de reivindicar la tradición de la *poesía meditativa*, de la poesía como búsqueda de lo trascendente y de lo oculto y como forma de conocimiento o “fenómeno cognitivo”, una tradición que hunde sus raíces en la mística española, europea y oriental y en las “poéticas espirituales y meditativas de filiación romántica”, y que, en el caso de la poesía española del siglo XX, tiene como principales antecedentes a Juan Ramón Jiménez y a Luis Cernuda.

Dentro de esta selección, los editores distinguen dos grupos, en función de la cronología. En el primero, estarían Esperanza López Parada (1962), Vicente Valero (1963), Juan Carlos Marsset (1963), Ada Salas (1965), Melchor López (1965), Carlos Jiménez Arribas (1966), Jordi Doce (1967) y Antonio Méndez Rubio (1967), mientras que, en el más joven, se encuadrarían los propios antólogos, Alejandro Krawietz (1970) y Francisco León (1970), Rafael-José Díaz (1971), Goretti Ramírez (1971), José Luis Rey (1973) y Marcos Canteli (1974). Naturalmente, no son los únicos que podrían ilustrar esta actitud poética ni todos tienen el mismo interés y calidad. Entre ellos, destacan, a mi juicio, las voces de Jordi Doce, Ada Salas, Esperanza López Parada y Vicente Valero; y, de los más jóvenes, el más sobresaliente es José Luis Rey, autor de un amplio ciclo poético, un “libro global”, del que por ahora tan sólo conocemos una versión abreviada. Pero, más allá de las diferencias y los logros individuales, en su conjunto constituyen una sólida, oportuna y saludable propuesta.

Edad presente. Poesía cordobesa para el siglo XXI. Edición de Javier Lostalé. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

Esta interesante antología ha sido preparada con esmero por el poeta y periodista Javier Lostalé. En su introducción, traza una rápida panorámica de la poesía cordobesa y nos presenta a todos y cada uno de los autores seleccionados, nacidos, en este caso, a partir de 1965. En su conjunto, la selección presenta un nivel bastante aceptable, si bien destacan Eduardo García (1965),

Vicente Luis Mora (1970), Pablo García Casado (1972) y José Luis Rey (1973), Rafael Espejo (1975), Joaquín Pérez Azaústre (1976) y Juan Antonio Bernier (1976) y Elena Medel (1985). En ella, se ofrecen poemas inéditos de los diversos autores y los textos van precedidos, como es habitual, de las inevitables “poéticas”. Sin duda, Córdoba es la provincia que, en estos momentos, registra una mayor actividad poética.

Veinticinco poetas españoles jóvenes. Edición de Ariadna G. García, Guillermo López Gallego y Álvaro Tato. Madrid: Hiperión.

En *Veinticinco poetas españoles jóvenes*, hay varias cosas que llaman la atención, y una de ellas es el hecho de que los antólogos no figuren en la cubierta o la portada (de hecho, sólo aparecen en el copyright) ni expliquen sus criterios u objetivos en la consabida introducción. Tan sólo hay una breve “Nota” de Jesús Munárriz, director de la editorial, en la que cuenta que, en un principio, fue él el encargado de preparar la antología, pero más tarde decidió abandonar el proyecto, hasta que tres de los incluidos inicialmente –Ariadna G. García, Guillermo López Gallego y Álvaro Tato– se hicieron cargo del trabajo, con unos nuevos planteamientos. Al parecer, los dos criterios seguidos en la selección final han sido la edad, con un límite máximo de treinta años –o sea, nacidos a partir de 1972–, y la “calidad”. Pero uno tiene la impresión de que, en algunos casos, han pesado más las afinidades estéticas y las relaciones de amistad o de proximidad geográfica. Esto explica que de los veinticinco poetas, once sean madrileños y diez andaluces (entre ellos, seis de Córdoba). En la muestra, por lo demás, encontramos algunas voces sólidas, como las de Pablo García Casado (1972), José Luis Rey (1973) o Andrés Neuman (1977), y poetas realmente prometedores, como Esther Giménez (1979), Fruela Fernández (1982) o Elena Medel (1985).